

puso su capa de tercianela, volvió junto á María, la estrechó estremecido de amor entre sus brazos, la besó en la frente y dijo:

—Libre quedas en mi casa; mi casa es tuya; aquí desde este momento no hay más señora que tú. Adios.

Y salió.

—¡Oh, Señor, Señor! exclamó María arrojándose apenas salió don Rodrigo, á los piés de un crucifijo que habia en un reclinatorio en la cámara del alcalde; acepta como un cruento sacrificio mi vergonzoso, mi tristísimo recuerdo de mi vida pasada; acepta el voto de castidad, de penitencia, de expiación, que solemnemente te hago, y salva por él á mi padre del crimen de injusticia; si ese hombre es el rey don Sebastian, vuélvele á su trono, por el dolor de tu santa Madre, y por tu martirio en la cruz.

## CAPITULO XX.

De cómo el alcalde don Rodrigo de Santillana acabó de sentir por Gabriel de Espinosa el miedo que por él tuvo hasta el fin de sus dias.

Atravesaba don Rodrigo de Santillana, rápido, rígido, tropezando con todo el mundo, sin ver á nadie, con la mirada vuelta á su pensamiento en direccion á la cárcel, las calles de Valladolid, llevando tras sí á Tribaldos, que corria y sudaba, para que su alcalde no le dejase atrás.

Llegó al fin á la cárcel y dijo al alcaide:

—Llebadme al encierro de Gabriel Espinosa.

—¿Qué diablos habrá hecho ese hombre, dijo para sí el alcaide, que tan demudado y tan osco viene á verle el alcalde Santillana? ¡Dios tenga piedad de él!

Y el alcaide, que segun aparecia de compasivo, debia hacer poco tiempo que era alcaide de cárcel, apenas oyó la órden de don Rodrigo, partió delante de él, y por escaleras y por pasadizos lóbregos, llegó á la maciza puerta forrada de hierro de un calabozo subterráneo.

Abrió las tres ó cuatro cerraduras de aquella puerta, que giró reclinando de una manera sorda, y el alcalde entró.

—Dejad ahí vuestro farol, cerrad la puerta é idos; pero estad desde lejos atento, para cuando llame yo á esta puerta.

El alcaide dejó el farol en el suelo, salió, giró de nuevo la puerta rechinando, se oyeron sucesivamente las cerraduras que se cerraban, y despues los sordos pasos del alcaide que se alejaban.

A la luz turbia del farol, vió el alcalde en un rincón de aquel reducido espacio, sentado en un poyo de piedra, á un hombre inmóvil, con unos enormes grillos en los piés; una cadena que de los grillos iba á terminar en una argolla fija en el muro, de la cual partia otra cadena, cuyo extremo se unía á unas esposas con que el preso tenia sujetas las manos.

Aquel calabozo, más bien aquella sepultura de vivos, era de piedra, y de bóveda tan baja, que casi tocaba á ella con la cabeza el alcalde; se respiraba allí ese ambiente pesado é insoportable de los lugares húmedos sin ventilacion, y los muros, la bóveda, el pavimento, todo de piedra, podia deciros literalmente que sudaban, que destilaban agua. Se sentia allí un frio especial, un frio mortifero, un frio que no podia experimentarse al aire libre, ni en los dias más crudos del invierno; allí no habia más que un hombre cargado de hierro, que miraba de hito en hito, de una manera fija, glacial, indiferente, terrible, al alcalde y el alcalde que miraba al preso con asombro y con miedo.

—Decidme, don Rodrigo, dijo Gabriel de Espinosa; ¿esto es ya la ejecucion de una sentencia?

—¿Qué decis? preguntó Santillana con semblante y acento severos, acordándose de que era alcalde, y de que estaba delante de un preso.

—Digo que este encierro es más apropósito para guardar víboras que para guardar hombres, dijo Gabriel de Espinosa; esto ya es un suplicio; no lo digo porque á mí me aterre, ni porque no tenga fuerza bastante para sufrirle, sino porque si estoy mucho tiempo aquí, os vais á quedar sin preso, alcalde Santillana, y no podreis sentenciarme á galeras ó á horca, que no sé yo bien de qué suplicio habreis contraido, no ya costumbre, sino vicio.

—Entretanto, señor pastelero, estais sentado y yo de pié, no como si fuéramos respectivamente juez y reo, sino como si vos fuérais rey y yo vasallo en audiencia.

—Si yo fuera rey, vive Dios, ni habria alcaldes tan altos de soberbia como vos, ni calabozos tan bajos y tan imposibles como este en mis reinos.

—Pero tampoco consentiriais la desvergüenza de hombres tales como vos.

—¡Ah! Os punza el que aún no me haya levantado, dijo Gabriel de Espinosa, y esto os escandaliza, don Rodrigo; pues bien: sabed que para mí seria un alivio el ponerme de pié; pero me es imposible; estoy sujeto por la mitad del cuerpo á un cinto de hierro clavado al muro.

El alcalde fué á la puerta y llamó con el extremo de su vara, quedando vuelto de espaldas á Gabriel de Espinosa.

Poco despues la puerta se abrió de nuevo y apareció el alcaide.

—Quitad las prisiones á ese hombre, dijo Santillana.

El alcaide se acercó á Gabriel de Espinosa, y poco despues se oyó el ruido del martillo que desarmaba los grilletes, las esposas y el cinto.

Gabriel de Espinosa se levantó de un salto, dando muestras de un vigor increíble en quien estaba hacia tantas horas bajo la influencia de aquella humedad y en una inaccion forzada, y dijo:

—¡Ah! Esto es ya distinto; os agradezco este momento de descanso, don Rodrigo, porque supongo que despues volveremos, es decir, volveré á encontrarme sujeto.

—Seguid tras mí, dijo don Rodrigo.

—¡Ah! Pues mejor; eso más tengo que agradeceros, dijo Gabriel de Espinosa; por malo que sea el aire de ahí fuera, será mejor que el que aquí se respira.

—¡Callad, vive Dios! dijo don Rodrigo irritado por la fria y burlona calma de Gabriel de Espinosa, ú os mando poner una mordaza.

—¿Y cómo diablos os voy á contestar entonces á lo que sin duda teneis que preguntarme? dijo Gabriel con desdeñosa impaciencia.

—Guiad al encierro alto de la torre de Santiago, dijo al alcaide don Rodrigo.

—¡Ah! dijo Gabriel de Espinosa; vamos de extremo á extremo; de lo más bajo á lo más alto.

Don Rodrigo no contestó, y ni él, ni Gabriel de Espinosa, ni el alcaide, hablaron una sola palabra, hasta que atravesando pasadizos y subiendo escaleras, llega-

ron á lo alto de una torre, y á una puerta fuerte, maciza y forrada de hierro como la del calabozo subterráneo.

Quando se abrió aquella puerta, entraron en un calabozo ancho y perfectamente seco y ventilado por dos estrechas rejas situadas muy alto junto á la bóveda.

—Salid, cerrad, y esperad á que yo os llame, dijo don Rodrigo al alcaide, que salió y cerró.

—Os agradezco sinceramente el que me hayais traído aquí; allá bajo hace un frio tal, que Dios me perdone, pero oree que me iba helando el alma.

—Para criminales como vos, todo es poco, dijo don Rodrigo.

—¿Y quién os ha dicho que yo sea criminal? ¿Qué veis en mi semblante que os haga conocer al ladrón ó al villano? Aquí se deja hacer á los alcaldes lo que quieren, el rey cierra los ojos á todo, y Dios se lo perdone, que no lo debia hacer.

—¿Y quién sois vos, don perdido, para atreveros á calificar lo que hace ó lo que no hace el rey nuestro señor?

—¿Sabeis que me parece una cosa, don Rodrigo?

—¡Qué!

—Que me teneis miedo, y que haceis de tripas corazón.

—¡Yo! ¿Y por qué he de teneros yo miedo?

—Porque yo soy mucho preso para vos, y vos muy poco alcalde para mí.

No parecia sino que Gabriel de Espinosa se habia propuesto que el alcalde perdiese el miedo y le irritaba.

Para el alcalde, aquel hombre, con quien ya sabemos

habia tenido una larga entrevista en Madrigal Gabriel de Espinosa, era un hombre extraordinario.

—No lo veía claro; tenia, como sabemos, la sospecha de que aquel hombre era el rey don Sebastian, ó por lo menos un altísimo personaje, y sin embargo, tan acostumbrado estaba don Rodrigo á que los más temerarios criminales, los hombres más duros y más protervos temblasen al encontrarse entre sus garras, que su orgullo de alcalde ofendido se sobrepuso á todo al sentirse tratado con tan poco respeto por Gabriel de Espinosa.

—Si fiais en los papeles que traéis, y en la bula del Papa, en los amores de esa reina ó princesa, ó cosa que no sabemos qué sea, de que me hablásteis en Madrigal, os equivocais tanto que tengo á obligacion y á caridad el deciroslo, porque antes que juez soy cristiano, y noble, y caballero, y porque os tengo á vos en mucho más que á un hombre vulgar, os aviso.

—Vamos claro: ¿y cómo entendeis vos que yo no soy un hombre bajo y comun? dijo Gabriel de Espinosa con aquel acento que á un mismo tiempo irritaba la bilis del alcalde y le ponía espanto.

—Vos sois un hombre misterioso, dijo Santillana.

—Protesto, dijo con cierto gracejo Gabriel de Espinosa, porque por tan misterioso podeis tenerme, que sin otro delito que el que vos no comprendais lo que yo soy, porque os empeñeis en no comprenderme, me lleveis á la horca; lo cual, os lo aseguro, no me parecería bien. Voy á deciros otra vez, aunque creo que no hayais olvidado lo que yo soy. Se me tiene por hijo de Juan de Es-

pinosa y de su mujer Mari Perez; pero yo no puedo probar esto ni aun para mí mismo, porque mi partida de bautismo no parece. Dicen otros que soy expósito, y que mis padres me encontraron una mañana recién nacido, en el cajon de la iglesia mayor de Santa Maria de Toledo. Noble soy si soy Espinosa, y noble si soy expósito, por hijo adoptivo del rey; por consecuencia, obedeciéndolo las leyes, tratarme debeis como noble, y no cargarme de hierros, ni tenerme sin lecho y sin silla, ni permitir que el alcaide me maltrate; continuando en lo que yo soy, voy á repetiros lo que ya os he dicho. Crecí al abrigo de los que se llaman mis padres, ó lo eran, y cuando pude trabajar, me pusieron á tejedor de terciopelo; pero como yo siempre he tenido el natural altivo que en mí veis, y que os hace creerme principal y misterioso, me indispuse con el telar y con la lanzadera, y metime á soldado. Tantas tierras he corrido, y tantas aventuras han pasado por mí, y yo por ellas, que con su relato, si se escribiera, se llenaria un grueso volumen; hablo cuatro idiomas, casi cinco.

—¿Y qué idiomas hablais, señor Gabriel de Espinosa? dijo Santillana, á cuyos ojos se hacia á cada momento más temible Gabriel.

—El castellano, como veis; el italiano, como vais á ver.

Y Gabriel de Espinosa dijo en italiano el Credo.

—El dialecto que hablais, aunque no bien, es el veneciano, dijo Santillana hablando bastante bien en aquel dialecto; pero os dejais entender á las mil maravillas.

—Hablo además el francés, dijo Gabriel de Espinosa, como podeis juzgar.

Y dijo en francés la Salve.

—No comprendo el francés, dijo Santillana; pero me parece que le hablais bien.

—Pues ved cómo hablo el árabe.

Y Gabriel de Espinosa soltó en árabe correcto la profesion de fé de los musulmanes, contenida en el Koran.

—¡Hablais el árabe! exclamó con intencion don Rodrigo de Santillana; y decidme: ¿por ventura, hablais tambien el portugués?

—¿Quién os lo ha dicho que habeis acertado? dijo Gabriel de Espinosa con la mayor naturalidad; pues sabed que le hablo, como si hubiera nacido en Lisboa.

El alcalde se estremeció, y se revolvió más poderosa en su cabeza la idea de que aquel hombre era el rey don Sebastian.

Aturdiale, sin embargo, el ver que Gabriel de Espinosa representaba más de cincuenta años, y que parecia más viejo que cuando le habló la primera vez en Madrigal.

Entonces Gabriel de Espinosa tenia el cabello rubio con algunas canas, y la barba rubia tambien, y las cejas sin cana alguna.

En el momento en que le estaba mirando, la barba y las cejas eran rubias, sí; pero en su nacimiento completamente blancas, y el cabello completamente entrecano.

Recordaba tambien el alcalde, que cuando le prendió la noche anterior, no se veian aquellas señales de vejez en Gabriel de Espinosa, y se aturdió y se embrollaba,

porque Gabriel, si era el rey don Sebastian, no podia tener más que treinta y nueve años, y el alcalde le veia con la apariencia de mucho más de cincuenta.

Y tan atentamente miraba á Gabriel de Espinosa, que éste le dijo:

—¿Qué hallais de nuevo en mí, señor don Rodrigo que tan fijo me contemplais?

—Observo que anoche parecíais tener diez años menos.

—¿Y por qué, señor alcalde? dijo con acento tranquilo y sereno Gabriel de Espinosa.

—Porque ayer teníais la barba toda rubia, y hoy la teneis en donde nace blanca, y casi canos los cabellos y las cejas, y esto ayer no era así.

—Ved, pues, por lo que no debeis encerrar á nadie en calabozos como en el que he estado diez horas; en los tales calabozos, y mucho más cuando se está acusado de un delito que deshonra, y cuya sola acusacion es mil veces más terrible que la de un delito sin deshonra, por el cual pueda sobrevenir pena de muerte, en los tales calabozos, repito, y bajo tales acusaciones, se envejece en pocas horas, los cabellos y la barba encanecen, y empalidece el semblante y se arruga. Vos, que teneis la experiencia de tantos años de alcalde, ¿no recordais el caso de haber encerrado á un jóven en un calabozo húmedo, frio, sin ventilacion, envenenado, en una palabra, y no habeis visto cuando habeis ido á pedirle la confesion, algunas horas despues, que el jóven se habia convertido en viejo, que tenia los cabellos y la barba blanca, y el semblante pálido y arrugado?

—Sí; dijo con acento sordo el alcalde.

—¿No sabeis que una noche, una horrible noche de ansiedad y de angustia, una noche en que se cree haber perdido el fruto de muchos años de trabajo; una noche durante la cual ha desaparecido la esperanza; una noche en que todo ha sido espantoso, basta para encanecer al jóven más robusto?

—¿Quién sois? dijo el alcalde; confesádmelo todo; sepamos á qué atenernos, y ved que así librareis mejor.

—¡Cuántas veces he de deciros que soy Gabriel de Espinosa, natural de Toledo, ó expósito en Toledo, tejedor primero, soldado despues y ahora pastelero en Madrigal!

—Lo decís de una manera que desmentís vuestras palabras con el acento que las dais.

—Es que tengo mal génio, que no temo á nada, y que estoy de muy mal humor, de un humor de los diablos, porque estoy preso y se me trata mal.

—¿Y cómo quereis que se trate á un hombre á quien se prende por indicios de hurto?

—Ya sabeis, Santillana, dijo Gabriel palideciendo de cólera, que yo puedo haber cometido todos los delitos del mundo; pero que no puedo ser ladron.

—¿Y de dónde os han venido las alhajas que os ocupé, y que por lo ricas y por estar entre ellas prendas de rey, no puede poseerlas un pastelero?

—Ya he dicho, contestó con suma impaciencia Gabriel de Espinosa, que esas alhajas no son mias; que me las ha dado para venderlas la señora doña Ana de Austria, que bien puede tener alhajas de rey, á quien sirvo y á quien debo una confianza que me honra.

—Dicen que la servís tanto, y que tanto os honra y con tal confianza os trata la señora doña Ana de Austria, que vais secretamente á verla con un fraile, cuando ha pasado la media noche, y no salís hasta poco antes de amanecer.

—¡Vos tambien creéis en esas murmuraciones de pueblo, y así os atreveis á la buena fama y al decoro de una dama, que á más de ser religiosa es sobrina del rey don Felipe!

—¿Por qué no decís, del rey nuestro señor?

—Porque para que me entendais, basta con que le llame el rey don Felipe; pero si esto ha de aumentar la manía que teneis de que yo soy un gran personaje, llamaré desde ahora á boca llena al rey don Felipe, el rey nuestro señor.

—Hareis bien; escuchad ahora una buena noticia; por ladron os prendí; pero ya sé que no sois ladron, y no os juzgo como ladron, sino como reo de otro crimen.

—¿De qué crimen? preguntó siempre sereno, siempre altivo y siempre dominador Gabriel de Espinosa.

—Del crimen de traicion.

—¡Traidor yo!

Y el semblante de Gabriel de Espinosa, y sus ojos, y su sér entero, dejaron ver una expresion feroz de amenaza.

—Si, dijo el alcalde; traidor, reo de lesa majestad.

—¿Por qué?

—Vos, Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, os fingís el rey don Sebastian, y pretendéis la corona del reino de Portugal.

—Gabriel de Espinosa soltó una carcajada franca, pero insolente, agresiva, que hizo temblar de cólera al alcalde.

—¡Vive Dios! ¿Por qué os reis? dijo Santillana.

—¿Por qué he de reirme, sino porque estais loco? dijo con desden Gabriel de Espinosa; y ved lo que es el mundo; vos, que por loco debíais estar encerrado en una jaula, me teneis encerrado á mí que soy un hombre cuerdo, y no he cometido delito alguno. ¡El rey don Sebastian! ¡Que yo me finjo el rey don Sebastian! Dejadme que me ria, don Rodrigo; ¿pues no sabeis, no lo sabe todo el mundo que el loco, el temerario, el imprudente rey don Sebastian murió en Africa?

—Dicen que el rey don Sebastian no murió; que se le ha visto en Africa, en Venecia, en Francia.

—Miente quien lo diga; creedme vos á mí, que estuve presente á la muerte del rey don Sebastian. ¡Como que caí cuando el cayó!

—¡Vos estuvisteis en la batalla!

—Creo habérselo dicho ya.

—¿Y qué érais vos en el ejército portugués?

—Yo peleé como un soldado.

—No es eso lo que os preguntó; ¡qué érais!

—Soldado.

—Soldado se llama el rey que pelea con la bravura de gran soldado. ¿Mandábais ú obedecíais?

—Allí ni se mandó ni se obedeció, y por eso se lo llevó todo el demonio; yo me peleé por mi cuenta.

—Con vuestras hinchazones, parecè que afirmais lo mismo que pretendéis negar.

—De andar entre los portugueses se me ha pegado algo la hinchazon de los naturales de aquel reino.

—En resumen, sepamos; ¿sois español ó portugués?

—No acabaremos nunca, don Rodrigo, si me preguntais y volveis á preguntarme siempre una misma cosa; pero voy á contestaros de una vez y para siempre. Yo no sé de donde soy, ni sé á dónde voy, ni quiero deciros lo que soy, ni os lo diré nunca.

—En buen hora; buscaremos fuera de vos la prueba de dónde sois, quién sois y á dónde intentábais ir; porque lo que es á dónde vais es cosa que he de deciros-la yo.

—Puede ser, dijo Gabriel de Espinosa, que vos no se pais á donde vais á parar en este asunto, y que tengais más miedo que yo á lo que pueda sobrevenir.

—Yo, dijo con energia el alcalde, nada tengo que temer; porque no obraré sino en justicia; y lo que sobreviniere, no lo habré hecho yo, sino la ley.

—Pedid á Dios que mi proceso no os envenene la conciencia, y que el veneno de vuestra conciencia no os mate, alcalde don Rodrigo Santillana; ahora, idos; me canso ya de tantas palabras; mandad que me traigan buen lecho, porque á buen lecho estoy acostumbrado; silla, mesa y luz por la noche, y que me den de comer como conviene, porque un pastelero sabe comer bien; no importa lo que se gaste, don Rodrigo, porque yo os aseguro, que el rey... mi señor... pagará con gusto, por alta que sea, la cuenta de lo que yo gastare mientras esté preso.

—Tendreis buen lecho, buena comida, silla y luz, y

no se os cargará de hierros; pero en cambio, tendreis justicia seca; yo os lo aseguro, dijo con suma dignidad don Rodrigo.

—Pues si me haceis justicia y me sentenciais en justicia, Santillana, no tengo por qué afligirme; me doy por libre y honrado antes de mucho tiempo; pero ¡ay de vos si obedecéis mandatos injustos, si por una vil cobardía faltáis á la justicia; porque al matarme, Santillana, morireis conmigo, é irán juntas ante Dios la víctima y el verdugo!

—¡Pastelero! gritó don Rodrigo.

Pero su voz desfalleció, ahogada por la expresion imponente, dominadora, del semblante de Gabriel de Espinosa, y por su mirada, serena, valiente, terrible, llena de majestad, que apretaba, que empequeñecía el alma del alcalde.

—Salid, dijo Gabriel de Espinosa, y que cuanto antes me traigan lecho en que repose.

—¿Y nada teneis que pedirme? ¿Nada teneis que suplicarme? dijo con asombro el alcalde.

—¡Yo! ¿Quién pensais que soy yo? dijo con cólera Gabriel de Espinosa; ¿á quién he suplicado yo, á quién he rogado yo más que á Dios?

—¡Voy á prender, dijo sombríamente y como pretendiendo doblegar á Gabriel de Espinosa don Rodrigo, á esa princesa, á esa dama, á esa mujer misteriosa que os acompaña, que cria á una hija vuestra, que lleva en su seno un hijo vuestro!

—¡Bah! dijo con desprecio Gabriel de Espinosa; ¡vos, alcaldillo! el mismo rey don Felipe, vuestro amo, puede

menos que vos, que es cuanto hay que decir, en daño de esa señora.

—¡Lo veremos! dijo irritado el alcalde.

—Ya lo vereis, dijo sonriendo de una manera despreciativa Gabriel de Espinosa.

—Oid, pastelero, rey ó demonio, exclamó fuera de sí Santillana, adelantando con los puños crispados hácia Gabriel de Espinosa, que sostenia su sonrisa despreciativa; voy á trataros como á una persona real puesta bajo mi jurisdiccion, por órdenes supremas del rey... nuestro señor... pero sabedlo: ¡yo os ahorco!

—Pues peor para vos, don Rodrigo; porque al ahorcarme á mí os ahorcareis el alma, y morireis de espanto; ahora, por último, dejadme libre de vos, ó me echo á dormir en un rincon; que en peores lechos que el pavimento de este encierro he dormido.

—Quedad con Dios, pastelero, y hasta otro día.

El alcalde se acercó á la puerta y llamó á ella fuertemente con su vara.

El tiempo que tardó en llegar el alcaide, don Rodrigo estuvo vuelto de espaldas á Gabriel de Espinosa frente á la puerta.

Gabriel de Espinosa se puso á pasear á lo largo del calabozo como si hubiera estado solo.

Quando la puerta se abrió, el alcalde salió, sin volver siquiera la cabeza para mirar á Gabriel.

El alcaide cerró.

Don Rodrigo bajó las estrechas escaleras de caracol murmurando: